

## CONFERENCIA IX

### LAS DEBILIDADES HUMANAS CONVERTIDAS EN DEPRAVACIÓN

1. **El hombre es débil é inclinado á las faltas.**—La verdadera justicia es siempre conciliadora; una santidad falsa se revela fácilmente por una excesiva severidad. <sup>(1)</sup> La doctrina cristiana no es tan despiadada como frecuentemente se le reprocha. Fueron otros, no los doctores del puro Cristianismo, quienes inventaron la afirmación, tan absurda como inhumana, de que no hay diferencia entre los pecados, y que todos son igualmente graves y punibles. No nos pasa por las mentes rechazar ó condenar inmediatamente al pobre pecador á causa de un pecado cualquiera; de acuerdo con la razón y la revelación cristiana, reconocemos que hay muchos pecados, cuya mayor parte pertenecen á la categoría de los menos graves y merecen más fácilmente perdón. Muy á menudo, pero no siempre—esto nos es imposible aun con la mejor voluntad—basta que el pecador diga: «Soy hombre, y nada humano considero como ajeno á mí», <sup>(2)</sup> para que el pecado se le perdone, ora porque la confesión de su pecado nos desarma, ora porque esta referencia á la debilidad general sea como una advertencia de que también á nosotros podría sucedernos lo mismo. Aún en el caso de que nos haya perjudicado, todo lo perdonamos en cuanto confiesa haberlo hecho por debilidad humana. Hombre y debilidad, humanidad y debilidad son consideradas por nosotros como una sola y misma cosa.

(1) Gregorio Magno, *Evangel.*, 2, 34, 2.

(2) Silvio, 1, 2, q. 71, a. 2 ad 4.

2. *Errare humanum est.* Las debilidades humanas son faltas, pero faltas leves, perdonables.—A esto debe atribuirse el que se designe con el nombre de debilidades humanas á las faltas poco importantes y perdonables. Inútil sería detenernos en esto. Sin embargo, con aquella expresión confesamos que no ha sido la fuerza, ni la prudencia, ni nuestra dignidad, lo que nos hizo caer, sino nuestra debilidad. Indudablemente hay personas que buscan en esa palabra una justificación para sus faltas; pero, como es natural, no puede admitirse eso; se puede invocar la fragilidad humana como excusa, pero no como defensa. Nadie aprobará que cualquiera se sirva de la naturaleza humana como pretexto, en el sentido de que ella le dé el derecho de obrar contra la voz de su razón, contra sus convicciones ó en detrimento de su deber; por manera que, al invocar la debilidad de la naturaleza humana, no reivindica un derecho, sino que se refiere tan sólo al hecho de la debilidad arraigada en nosotros. Se le perdona fácilmente á causa de esta confesión, pero no se le concede por eso un privilegio para pecar. <sup>(1)</sup>

Pero es muy significativo que no se empleen las palabras debilidad humana cuando se trata de faltas más graves. Puedo compadecer á un ladrón, á un asesino, á un perjuro, á un blasfemo, y aun amarle, no obstante su crimen, porque es un hombre como yo, y conserva siempre la capacidad de hacer el bien y de enmendarse; sin embargo, en su pecado, no dió pruebas de ser hombre; nadie llamará debilidad humana á la acción que ha cometido. Pero si ocurre que un día el marido vuelva á casa más tarde que de costumbre, más alegre que nunca, llamando la atención de todos por su amable locuacidad, equivocando todas las cosas y buscando sin cesar su centro de gravedad, la mujer sabe inmediatamente de qué se trata. No verá en ello un crimen capital de su querido esposo, cuya templanza conoce, porque una vez se encuentre por casualidad en el mismo estado que el buen patriarca Noé, quien no sabía

(1) Silvio, 1, 2, q. 71, a. 2 ad 4.

la virtud contenida en el jugo de la uva. No obstante, lo mismo ella que su marido preferirían al día siguiente que no hubiera sucedido la aventura; nada grave había en ello, pero bueno tampoco. Era una pequeña falta, verdad es, pero al fin una falta: era una debilidad humana.

Y lo mismo ocurre con todo lo que se designa con ese nombre; lo que llamamos así, son siempre faltas, pero faltas poco graves, faltas cometidas por precipitación, por olvido, por irreflexión. Cuando me dejo arrastrar á emitir un juicio duro; cuando exagero mis palabras, ó hago notar demasiado la verdad, cuando el respeto humano me impide hablar, no debiendo callarme, puedo decir: Siento haber procedido como hombre. Cuando bromeando he perdido el imperio sobre mí; cuando la sobrecitación me quitó la calma, nadie llevará á mal que, para excusarme, invoque mi debilidad; cuando me hice culpable de irreflexión, de descuido, de una violación imprevista del deber, todos los buenos dirán queriendo atenuar el acto: ha pecado por debilidad.

3. Cada falta es una violación de la verdadera humanidad y un paso hacia la inhumanidad.—Por otra parte, hay una cosa que sorprende. Aunque en la intención de atenuar nuestras faltas escojamos la expresión más suave que sea posible encontrar, una expresión que parezca hecha á propósito para salvar el honor, sentimos, no obstante, que no es honroso ese pretexto que invocamos. Nos excusamos diciendo que hemos procedido como hombres, y, sin embargo, experimentamos un sentimiento penoso por haber dado la prueba de que somos hombres. Nos consolamos con la debilidad humana, pero nos avergonzamos de ella. ¿No es absolutamente lo mismo que si la palabra de excusa contuviese también una palabra de acusación?

De hecho así es. La expresión: *debilidad humana* se parece mucho á las explicaciones que hicieron proverbial á Quintiliano por el *lucus a non lucendo*; <sup>(1)</sup> por manera

(1) Quintiliano, 1, 6.

que no estamos lejos de la verdad si decimos que por *debilidad humana* entendemos actos que no son completamente ó muy humanos. Nos molesta que cualquiera diga: ¡Ah! bien has mostrado que eres hombre. No sin vergüenza podemos alegar el falso pretexto. Ciertamente, más valdría que no lo hubiese hecho; pero ¿qué queréis? me sucedió lo que sucede á todos. Y, sin embargo, hablamos de bagatelas, pues en otro caso no emplearíamos la expresión *debilidad humana*.

Eso nos da la prueba más clara de que el hombre no es lo que debiera ser, puesto que aun la más pequeña falta es una violación de nuestro deber, una laguna en lo que permiten nuestras fuerzas, una desviación de la perfección que nos está mandada.

En vano es querer atenuar el pecado sirviéndonos de la expresión: *debilidad humana*. Decir que es una debilidad, constituye un primer paso, pequeño si se quiere, y que puede siempre mejorarse, pero no deja de ser un paso en la pendiente que termina por la defeción de la humanidad. Esto es claro. Que el pecado sea grande ó que sea pequeño, siempre es, si no una negación de nuestra naturaleza, por lo menos una ofensa que se le hace, <sup>(1)</sup> y por eso no es exagerado pretender que toda debilidad humana conduce á la inhumanidad, ó en otros términos, que hay en cada pecado una violación de la verdadera humanidad, violación que puede, progresando, llegar fácilmente hasta su destrucción.

Si hay una verdad propia para llenarnos de desagrado y de pavor hacia el pecado, y si algo puede mostrarnos la falsa ruta que tomó la humanidad al creer que el alejamiento de la ley divina no es un inconveniente, sino más bien el medio de llegar á la verdadera humanidad, es el principio de que acabamos de hablar, por lo cual será útil desenvolverlo.

#### 4. Prueba tomada de la vida pública y de la política.

(1) Agustín, *Libr. arbitr.*, 3, 13, 38; *Civ. Dei*, 12, 1, 3; 14, 11, 1. Damasceno, *Orth. fid.*, 2, 4, 30; 4, 20. Sto. Tomás, 1, 2, 9, 71, a. 2.

**tica.**—Por la historia de la vida pública y de la política se puede, mejor que de ningún otro modo, probar nuestra afirmación; cualquiera que haya nada más que echado la vista á sus páginas sabe qué terribles progresos y qué funestas consecuencias puede tener una falta que, en sí misma, tal vez no es de mucha consideración.

Los poderosos de la tierra tienen el tremendo privilegio de poder manifestar en sí mismos, en la mayor medida, las malas cualidades que, diseminadas en la muchedumbre, se propagan poco. Quien mire las cosas del mundo con los ojos bien despiertos, y no tenga inconveniente en llamarlas por su nombre, confesará que, con mucha frecuencia, en esa circunstancia hay que buscar la condición y el secreto de la popularidad de aquéllos.

Ocurre siempre que tan sólo es popular aquel en quien las muchedumbres hallan encarnadas sus cualidades en superior grado; de ahí la explicación de que los hombres verdaderamente virtuosos sean, propiamente hablando, rara vez populares en vasta escala; pero si alguien entró en un mal camino, y lo sigue con temeridad abriéndolo y facilitándolo á la generalidad, todos se lanzan en seguimiento suyo, profiriendo gritos de júbilo y marchando sin cesar adelante. Quien deseara escribir una historia de los triunfos del mal, de ningún modo conseguiría mejor su fin que escribiendo una historia de la popularidad.

Por eso la historia de la política y de la vida social contribuye tanto á hacer que se reconozca el mal. La vida pública y la política suministran muchos materiales é irrefutables pruebas para comprender bien el verdadero estado del mundo, ó en otros términos, para comprender la doctrina de la caída de toda la humanidad. En ninguna parte, como en ese terreno, se pueden observar las espantosas consecuencias que un primer mal paso no reparado puede tener; qué inmensas proporciones puede adquirir la insensatez y la pasión cuando se propagan del hombre á la totalidad. Hay que buscar la causa en la naturaleza de la vida pública; lo que sucede en ella no es el resultado

de las acciones individuales, sino de las del ser colectivo, según en otra parte hemos dicho. <sup>(1)</sup>

Injusto sería atribuir únicamente á los que pasan por autores todas las atrocidades que consigna la historia de los Estados. Si, por ejemplo, la ambición de César costó la vida á 1.192.000 soldados en los países extranjeros, según calculaba él mismo, <sup>(2)</sup> sin atreverse á confesar el número de ciudadanos muertos en las guerras civiles; si la ambición de Napoleón no sacrificó menos de 5.530.000 hombres desde 1793 hasta 1815, <sup>(3)</sup> poco más ó menos lo mismo que costaron las expediciones de Gengis Kan, no debemos nunca olvidar que esas atrocidades y otras semejantes deben ser imputadas, para no equivocarnos en nuestro juicio, tanto á la totalidad como al individuo, mero ejecutor de las malas inclinaciones de sus contemporáneos.

No obstante eso, bueno sería que los directores del pueblo, es decir, los príncipes, los hombres de Estado, los representantes de la nación y los corifeos de la opinión pública reflexionen un poco sobre sus propios peligros y su responsabilidad. También los pueblos tienen sus debilidades humanas, que son faltas lo mismo que las individuales. Los que desean alcanzar gloria, destinos, influencia y riquezas no tienen escrúpulo en explotar las debilidades de los pueblos con tal que ellos personalmente saquen ventajas; pero no consideran qué desgracias pueden resultar cuando se excitan las pasiones de las muchedumbres; no haciendo falta para ello siquiera pasiones que en sí mismas son ya formidables y peligrosas, como lo es, por ejemplo, el orgullo nacional exclusivo, sino aún inclinaciones, que si bien inofensivas por sí, pueden causar perjuicio considerable á la totalidad.

Para citar un ejemplo, ¿hay nada más dañoso que la debilidad humana del sentimiento nacional, del número in-

(1) V. *Introd.*, 11; 3, 11.

(2) Plinio, 7, 25, 1.

(3) Kolb, *Statistik*, (6) 418.

finito de fórmulas corteses y de títulos de los buenos alemanes? Con razón nos reímos de que en los siglos XVII y XVIII, época en que la heráldica constituía una parte importante de la educación de todo hombre instruído, se tomara en serio el dar á cualquiera el tratamiento de *Euer Liebden, Deiner Liebden, Dero Liebden*, (*vuestra dilección*), <sup>(1)</sup> como se decía á los Electores del Imperio; sin embargo, cuando en las dietas y las negociaciones de paz, los representantes de los Estados del Imperio alemán disipan el tiempo más precioso en discusiones encarnizadas respecto de esas cuestiones; cuando se querellan para saber si deben sentarse en escaños rojos ó verdes, si deben poner los pies en la alfombra ó solamente en la franja, si deben comer con cubiertos de oro ó de plata; cuando hallándose el Imperio en situación crítica, dan, como consecuencia de esas fútiles cuestiones, tiempo al enemigo para arrancar sucesivamente girones de su patria, <sup>(2)</sup> entonces la debilidad pierde el carácter de humana, y se convierte en una verdadera aberración.

En la misma época, se vió también á príncipes alemanes convertir en negocio de Estado el determinar si, en las proclamaciones, sus nombres debían ser escritos en letra inglesa, ó como los del rey, en letra alemana; cosa digna evidentemente de ser contada entre las debilidades humanas; pero aun parecerá más extraño que el duque de Holstein-Gottorp no ponga su firma durante ocho años consecutivos, y rehuse, por consiguiente, á sus súbditos toda plaza vacante, toda sentencia judicial, la administración y todo lo concerniente á los tribunales, hasta quedar zanjada aquella estupidez en un tratado formal celebrado el año de 1710. <sup>(3)</sup> En este caso, sin duda alguna, la debilidad humana se convirtió en irritante violación del deber, y por poco penetrados que estemos de la dignidad del príncipe

(1) Wachsmuth, *Europäische Sittengeschichte*, V, 2, 476, 478.

(2) Biedermann, *Deutschland in XVIII Jahrh.* II, 1, 65. Gfroerer, *Geschichte des geistigen Lebens in Deutschland*, 1681, 1781, I, 133, Wachsmuth *loc. cit.*, V, 1, 885.

(3) Biedermann, *loc. cit.*, II, 1, 65.

y de su misión sublime, tenemos el derecho de preguntar si hay castigo suficiente para tal profanación de la majestad, para tal negligencia en el desempeño de cargo tan importante.

##### 5. Prueba tomada de la vida de los individuos.—

Pero no es necesario ir al terreno de la política para ver la aberración á que una pasión desordenada puede conducir; podemos alcanzar este fin más fácil y más útilmente para nuestra enseñanza descendiendo á nuestro propio interior. Cada cual puede sin esfuerzo observar lo que el hombre es capaz de hacer á causa de las debilidades humanas.

Entre éstas debemos contar la predilección lastimosa por los espectáculos y exposiciones. Este juicio hará tal vez estallar la indignación de muchos, que, sin teatros y sin tales diversiones, no sabrían cómo pasar el tiempo ni cómo librarse del tedio; pero mantenemos nuestra opinión, y en proporción á lo que Bossuet y otros entendimientos reflexivos dijeron respecto á ese punto, creemos que nuestro juicio es moderado relativamente á lo que pasa en la realidad. Casi no es posible dejar de cometer faltas en diversiones de ese género, por inofensivas que parezcan, pues hay en ellas tanto peligro, que el placer y la exageración de las pasiones quebrantan las fuerzas morales del hombre y arrastran el espíritu aun del que procura resistir.

¡Quisiera Dios que en tales diversiones no se cometiesen nunca mayores pecados que los merecedores del nombre de debilidad humana! ¡Pero cuán numerosos son los que allí encontraron el principio de su ruina temporal y eterna! Recuérdese tan sólo la terrible caída del excelente Alipio, cuyo retrato trazó de mano maestra San Agustín, y en donde se ve qué enfermedad puede resultar de esa inclinación, aunque se tomen contra ella toda suerte de precauciones. <sup>(1)</sup>

Pero si tal desgracia pudo suceder á aquel ilustre joven, ¿deberemos nosotros asombrarnos de que la afición á los

(1) Agustín, *Confess.*, 6, 8, 13.

juegos y á los placeres haya producido tantas pasiones terribles, que la simple voz de teatro y de diversiones haya hecho caer á ciudades enteras en la demencia? *Panem et circenses* <sup>(1)</sup> era el único pensamiento del romano; poco le importaba que el mundo cayese en ruinas con tal que él tuviese juegos. Si ocurría que por cualquier azar no se verificaba una representación, palidecía como si hubiera experimentado su patria un nuevo desastre de Cannas. <sup>(2)</sup> Allí estaba la noble matrona al lado de su esposo, mirando ella misma y haciendo que sus hijas vieses cosas que, al decir de un poeta, quien ciertamente nada tenía de delicado, se hubiera avergonzado de contar en su presencia el hombre más impudente. <sup>(3)</sup> La tranquilidad del pueblo y la felicidad de los nobles estaban subordinadas á la victoria de los azules ó de los verdes. <sup>(4)</sup> Llegaba á ser tal la sobreexcitación, que un día se vió á un espectador arrojar en la hóguera junto al cadáver del conductor Félix, del partido de los rojos, y dejarse quemar vivo con él. <sup>(5)</sup> Del circo se llevaban las pasiones á la vida; en la lucha de los verdes contra los azules en Constantinopla, el año de 501, cayeron en la arena más de tres mil ciudadanos. <sup>(6)</sup> El gran motín de Nika, el año de 532, costó la vida á más de treinta mil hombres. <sup>(7)</sup> Ni las legiones de Justiniano, ni la palabra de los sacerdotes, ni el respeto á las reliquias, lograron detener la carnicería y el incendio; <sup>(8)</sup> tanta era la rabia insensata que la desordenada afición á los juegos había hecho nacer en los espíritus; tan lejos arrastraba á los hombres una debilidad humana en apariencia insignificante.

(1) Juvenal., 10, 81.

(2) *Id.*, 11, 198.

(3) *Id.*, 11, 200. Ovid., *Trist.*, 2, 501 y sig.

(4) Cassiodor., *Ep.*, 3, 51. Forbiger, *Hellas und Rom.*, I, 338 y sig., 373 y siguientes.

(5) Plinio, 7, 54 (53), 7.

(6) Wilken, *Ueber die Parteien den Rennbahn in byzantinischen Kaiserthum* (Raumer, *Hist. Taschenbuch*, 1830, I, 315).

(7) Wilken, *loc. cit.*, 321.

(8) Evagrio, *Hist. eccl.*, 4, 21.